



EL VINO

POR CLARA BOW, FORREST STANLEY,
MYRTLE STEDMAN, ETC.

N.º 34

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año I

Núm. 34

El Vino

*Interesante comedia dramática, interpretada
por los célebres artistas*

*CLARA BOW, MYRTLE STEDMAN,
ROBERT AGNEW, FORREST STANLEY,
HUNTLY GORDON, y otros.*

«UNIVERSAL» JOYA

*EXCLUSIVA DE
Hispano - American Films, S. A.*

Valencia, 233 — BARCELONA

EL VINO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

1

El hogar de los Warriner se caracterizaba por su distinción y elegancia; a él sólo tenían acceso los poseedores de rancios pergaminos o los que disfrutaban de una elevada posición social.

Orgulloso de su estirpe, Juan Warriner no concedía su amistad sino a las personas ennoblecidas por los blasones o por las riquezas.

Con motivo de la presentación en sociedad de su hija Angela, criatura deliciosa de diez y siete años, en la que no sabían qué admirar más, si el encanto ingenuo de su inocencia o su exquisita belleza, los señores Warriner dieron una fiesta que congregó en sus salones lo más selecto de la aristocracia neoyorquina.

Angela era la reina de la fiesta; su gracia fresca de niña que se convierte en mujer, triunfaba

imponiéndose a los invitados, que no le regateaban sus elogios.

Un poco aparte, un grupo de jóvenes no parecía muy satisfecho ni complacido de que los Warriner, obedeciendo el mandato prohibitivo de la "ley seca", que regía ya entonces, no los obsequiaran sino con refrescos.

Sentían la necesidad de algo más y no se recataban en decirlo, claro que a media voz.

—Esto está muy aburrido—se lamentaba Reggie Van Abstine, que no tenía otra ocupación que derrochar a manos llenas el dinero de sus padres—. Sólo faltan unos cirios para que esta fiesta parezca un funeral.

Los amigos de Reggie saludaron con carcajadas la frase.

—¡Y con la sed que tenemos!—añadió Reggie.

Enlazada por su padre, Angela se deslizaba por el salón encantada de su triunfo.

—¡Soy completamente feliz!—exclamó de pronto, viendo a Carlos Graham, su amigo desde la infancia, que se acercó a felicitarla.

—No sé qué decirte... Estoy maravillado de verte... Hace unos días te miraba aún como si fueras una niña y hoy te me apareces como la mujer más bonita del mundo.

Ella sonrió, entre complacida y ruborosa. Estaban solos; el señor Warriner, cumplidos sus deberes de dueño de la casa, acababa de retirarse a sus habitaciones particulares.

—Te lo advierto para que te prepares—prosiguió Carlos—. Desde mañana pondré sitio a tu corazón... hasta que se rinda.

—¿Por qué me dices eso?—preguntó la jovencita con ingenuidad.

—Porque me gustas mucho y... porque te quiero. Pero como le hablaba riendo, ella rió también, contenta de oír aquellas palabras y de que fuese Graham quien se las dijera.

Contrastando con la honesta sencillez de este diálogo, el grupo de jóvenes que acaudillaba Reggie



—Yo no resisto más la tristeza que me produce esta fiesta... Venid conmigo si queréis alegraros.

Van Abstine vertía sus comentarios ligeros, no siempre decorosos, zahiriendo la reputación de los invitados.

—Yo no resisto más la tristeza que me produce esta fiesta—aseguró Reggie—. Venid conmigo si queréis alegraros.

Todos le siguieron hasta un saloncito donde se servían los refrescos.

En una mesa había una gran ponchera llena de limonada.

Los amigos de Reggie procuraron distraer la atención del criado encargado del servicio.

Instantes después, el contenido de la ponchera tenía un marcado sabor a bebida espirituosa. Y no debía ser desagradable, porque la primera señora que lo probó, pasado el asombro que le produjo aquella novedad, hubo de repetir tantas veces que Reggie, con su acostumbrado cinismo, dijo:

—¡Vaya una manera de beber! Sin duda, la señora ha comido bacalao.

Mientras esta gentecilla despreocupada, escudándose en su juventud, abusaba de la hospitalidad de los Warriner, la señora Bance Corwin, antigua conocida de la madre de Angela, presentábase aquella noche con un desconocido que se hacía llamar conde de Baratobie, hombre de maneras toscas, con traza de comisionista enriquecido.

Satisfecha, en principio, su viciosa sed, Reggie Van Abstine propuso:

—Lo grande ahora sería alegrar un poco a las muchachas. Esperadme aquí, que voy a buscarlas.

Reggie volvió a los salones, y apenas si pudo disimular su asombro cuando la señora Warriner le presentó al conde de Baratobie.

Seguido de Angela y de todas las muchachas invitadas, el calavera millonario regresó al lado de sus amigos, a quienes dijo con maliciosa sonrisa:

—¡Hay para reírse! Figuraos que la señora Warriner acaba de presentarme como conde de Baratobie nada menos que a nuestro proveedor de bebidas.

Hubo una explosión de carcajadas, que corearon las muchachas sin saber por qué, acaso excitadas por las frecuentes libaciones a que se entregaron inconscientemente, inducidas a ello por sus compaños.

Angela también cayó en la tentación de beber, y en sus mejillas y en sus ojos pronto se manifestaron los efectos del alcohol.

Arrastrada por Reggie, dejóse conducir al jardín de verano, y el fuego que corría por sus venas la hizo cometer la torpeza de dejarse besar.

Fué algo súbito que interrumpió con su inesperada presencia la madre de la jovencita.

Angela, desconcertada, encendida en rubores, corrió al lado de su madre, que la ordenó volver a los salones.

Luego, la señora Warriner avanzó hacia Reggie, soberbia de altivez y le apostrofó con indignación:

—Me dan tentaciones de hacerle saber a mi esposo que es usted un hombre despreciable. Si no fuera por miedo al escándalo, le arrojaba de mi casa ahora mismo.

Reggie irguió la cabeza, sintiendo la ofensa.

—Me extraña que use usted tanto rigor cónmigo—dijo—, cuando tan amable se muestra con el conde Baratobie, que es uno de los más conocidos contrabandistas de bebidas...

La señora Warriner se estremeció, pero no perdió la serenidad. Con un gesto de gran dama le dió a entender a Reggie que la dejase. Acto seguido encaminóse en busca de la señora Bance Corwin, y le habló secamente:

—Supongo que usted debía saber a lo que se exponía al traerme a casa a un sujeto como el que me presentó esta noche.

—Perdóname usted—trató de excusarse la introductora del contrabandista—. Se me ofreció la ocasión de salvarme de la ruina y ayudar al propio tiempo a su marido en sus dificultades económicas con los millones de ese granuja, y no vacilé en dar este paso... Perdóname usted.

—¿Cómo se atreve usted a comentar de ese modo la situación financiera de mi esposo?

—Pero es que usted no sabe que él también está arruinado?

Era lo más natural tratándose de un hombre del carácter de Warriner, que todo el mundo se enterase de su ruina antes que su familia.

Aterrada por aquella revelación, la madre de Angela se dirigió a las habitaciones de su marido.

—Dime la verdad, Juan... ¿Es cierto que estás arruinado?—le preguntó.

—Sí, es cierto—respondió él, después de corta vacilación.

Y, acariciando las manos de su mujer, añadió:

—Os lo oculté hasta ahora porque aun tenía esperanzas de salvarme... Pero lo he perdido todo... incluso esta casa.

La señora Warriner ocultóse el rostro en las manos y lanzó un gemido. Una infinita desesperación se apoderó de ella.

—¿Qué va a ser de nosotros?

—No lo sé...

La altiva mujer comprendió la necesidad de reaccionar contra aquel abatimiento.

—Procura no perder la presencia de ánimo —dijo—. Que nadie se dé cuenta de nada... Quizás yo sepa hallar un camino de salvación.

En su afán de salvar su casa de la inminente

ruina, volvió al lado de la señora Corwin para olvidar su orgullo y aceptar su ayuda.

—He obrado con demasiada ligereza con usted. Excúseme... Venga mañana a tomar el té con nós-



—Os lo oculté hasta ahora, porque aun tenía esperanzas de salvarme...

otros y traiga... al conde de Baratobie. Es posible que mi marido se interese en los negocios del señor conde.

Proseguía la fiesta. Angela, exaltada y como

loca, iba de un lado a otro, sintiendo que la abrasada un fuego devorador.

Carlos la sorprendió en este momento.

—¡Oh, Carlos!—exclamó ella—. Reggie me besó a la fuerza... Quisiera estar ofendida, y no lo estoy. Dime, ¿es malo desear que me besen?

Le ofrecía los labios, instigada por un deseo inaudito.

Graham, estupefacto, trató de resistir la fuerza de sus deseos; pero los labios de ella buscaban los suyos, y se encontraron.

Horas más tarde, los invitados se despedían, y a Reggie le sorprendió un poco que el señor Warriner le estrechara la mano con una efusión en desacuerdo con su carácter frío.

—Hasta siempre, querido Van Abstine... Angela me ha dicho que se ha divertido mucho con usted.

Para aumentar su sorpresa, la madre de la joven le acompañó hasta la puerta y le dijo al tiempo de despedirle:

—Olvidemos todo... Quiero que seamos buenos amigos. ¿No le parece?

Graham fué el último en abandonar la casa de los Warriner. Una sombra de celos nublaba sus ojos. No olvidaba que Angela le dijera que Van Abstine la había besado.

II

En los salones desiertos sonaban aún las risas de la hija de los Warriner.

La alegría de la muchacha conservaba todavía un no sé qué de turbulento. Estaba contenta. Era dichosa.

Corrió al lado de sus padres, se interpuso entre ellos, atrajo la caricia protectora de sus cabezas sobre la suya y murmuró:

—Sois unos excelentes papás... ¿Tardaremos mucho en dar otra fiesta como esta?

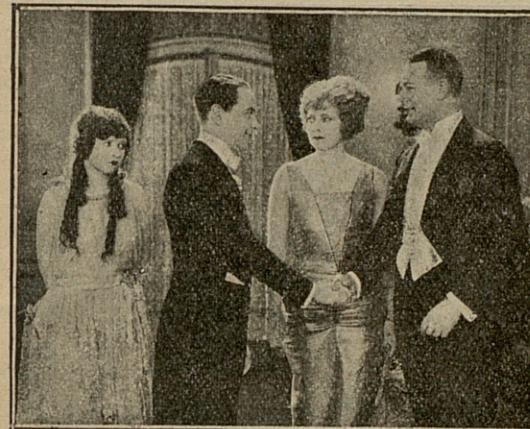
Aquella noche, Juan Warriner no pudo dormir. En cambio su hija, a quienes sus padres ocultaban el secreto de la ruina que los amenazaba, tuvo sueños de color rosa.

Al día siguiente, Baratobie, para quien no existían las conveniencias sociales, se hizo anunciar mucho antes de la hora del te.

Margarita, la madre de Angela, había puesto ya a su marido en antecedentes acerca del negocio que le proponía el contrabandista de bebidas, sin lograr convencerle de que se asociara al amigo de la señora Corwin.

La dignidad de Warriner se sublevaba a la idea de que su nombre se asociara con el nombre del aventurero.

—Escúchale, siquiera — insistía Margarita—. El sólo quiere que uses de tu influencia para facilitarle los negocios.



.....Angela me ha dicho que se ha divertido mucho con usted...

—¿Y eres tú quien me propones que deshonre mi apellido en un negocio así?—preguntó él.

—Lo único que sacrificarás será tu orgullo, y ese pequeño sacrificio te permitirá adquirir el dinero que necesitas para salvar tus negocios... nuestro hogar... ¡todo!

—¡No, nunca! Antes prefiero que nos hundamos.

—¿Prefieres, pues, sacrificar a tu orgullo la felicidad de nuestra hija?

Warriner se tambaleó, como si estuviera ebrio. Aquella pregunta, que ponía en pugna su corazón amantísimo de padre con su sentimiento del honor,



—Sois unos excelentes papás... ¿Tardaremos mucho en dar otra fiesta como esta?

le golpeó como si fuera una maza.

—Anoche la presentamos en sociedad—prosiguió Margarita—. Tenemos proyectada una serie de brillantes recepciones... ¿Vas a quitarle lo que hay de más preciado en la vida de una muchacha?

Juan inclinó la cabeza. Estaba vencido.

Aprovechando su triunfo, su mujer entró en el salón donde esperaba Baratobie, y le anunció:

—Mi esposo ha decidido aceptar su proposición.

Warriner apareció detrás de su mujer, y su mano caballerosa se infamó estrechando la mano envilecida del contrabandista.

Poco tiempo después, los Warriner, arrastrados por su falta, asistían todas las noches a las fiestas que se daban en la escuadra de los contrabandistas, paraíso del hombre que ha caído en las garras del alcohol, anclado más allá de las doce millas, límite que los barcos de los Estados Unidos no podían pasar para perseguir a los viciosos.

Lo que ignoraban los Warriner era que su hija tampoco se había salvado del naufragio, y que, instigada por Reggie, se dejaba llevar también a aquel lugar de infamia, pron ta a ser devorada por el vicio.

La muchacha, sin embargo, tuvo en un principio un poco de miedo.

Al subir al barco, sus ojos se detuvieron en el siguiente anuncio luminoso:

CAFÉ DEL LÍMITE DE LAS DOCE MILLAS.

DIRECTOR: CONDE DE BARATOBIE.

—¡El conde es amigo de papá!—exclamó asustada—. Podría verme y decírselo. Vámonos... Llévame a casa.

Reggie trató de retenerla, con palabras primero y luego a la fuerza. Angela lanzó un grito, se desprendió de sus brazos y saltó a una de las motoras atracadas a un costado del barco.

—Aquel grito suyo llegó hasta los oídos de su padre, que se irguió súbitamente.

—Me parece haber oido la voz de Angela—dijo. Pero como el grito no se repitió, dejóse convencer por Margarita de que acababa de sufrir una equivocación.

Carlos Graham había intentado inútilmente emprender el asedio que anunciara a su amiguita.

Por uno u otro motivo, desde que Angela cultivaba la amistad de Reggie, él no lograba verla nunca.

Una mañana presentóse en las primeras horas en casa de los Warriner.

—¿Eres tú?—le dijo Angela, que se disponía a salir. Llamé por teléfono varias veces para avisarte que tenía una cita con Reggie... ¿No te dieron la noticia?

—Es extraño—contestó Carlos. Mi criado no me dijo una palabra.

Ella mentía. El lo adivinó. Y para reafirmar su mentira, buscó el apoyo de su madre.

—Mamá... tú ya lo sabías, ¿verdad? Luego, acercándose a Graham, insistió: —Lo siento, Carlos... lo siento mucho, créeme. Reggie, que la esperaba fuera, entró a buscarla, y los dos jóvenes se marcharon, dejando a Graham bajo el peso de una angustia imposible de ocultar.

—Angela ha cambiado mucho desde que ustedes entraron en ese nuevo negocio—dijo, dirigiéndose a la señora Warriner.

—No sé verlo... Usted es quien ha cambiado... Está usted celoso de Reggie.

Graham procuró sonreír, pero su sonrisa fué triste como una lamentación.

Entretanto, Angela y Reggie, con una turba de

amigos, corrían en "auto" hacia un campo de deportes.

—He hecho mal mintiendo a Carlos—dijo Angela inesperadamente acordándose de su compañero de juegos de niña. ¡Es tan bueno!

Reggie se rió burlonamente. Y ella, inclinándose



—Es extraño... Mi criado no me dijo una palabra.

hacia él, comentó:

—Pero tú... ¡eres irresistible!

En días sucesivos, buscando un sitio de reunión más discreto y cercano, Angela y Reggie se hicieron parroquianos del "Café de la Selva", un nuevo dominio del flamante conde de Baratobie.

Allí solían acudir también, algunas veces, los se-

ñores Warriner, para quienes el contrabandista, cuyos negocios prosperaban gracias a la protección de Juan Warriner, tenía toda clase de adulaciones, obsequiándolos, ya que no delicadamente, con lenguaje al menos.

Cierta noche, Graham quiso ver a su amiga y fué a su casa, donde la servidumbre había instalado la cocina en el salón.

—No hay nadie—le dijeron.

—¿Y la señorita?

—El señor Reggie vino en busca de ella y juntos se fueron al "Café de la Selva".

Carlos no quiso creerlo.

—¿Está usted seguro?

—Nos lo dijo el chófer que los llevó.

Impetuosamente, Graham salió, montó en su "auto" y dió orden de que lo llevasen al "Café de la Selva".

Angela, sentada entre sus amigos, con los ojos brillantes por el alcohol, descocadado el gesto y la boca llena de alborotadora risa, ocupaba una mesa en aquel recinto del vicio.

Graham sufrió como un desvanecimiento al verla. Había soñado desde muy joven con hacerla su esposa, y al encontrarla allí tuvo miedo de que sus sueños no pudieran realizarse.

Brusco el ademán y la voz ronca se le aproximó.

—Vengo a buscarte para llevarte a casa.

—No quiero irme—fué la respuesta de Angela.

Reggie trató de interponerse.

—¿Quién es usted para ordenar nada a la señorita Warriner?

La mirada de Carlos llameó de odio y de celos. Entonces Reggie tuvo el atrevimiento de alzar

su mano contra Graham, que se abalanzó al primero derribándolo a golpes.

Después, volviendo al lado de Angela, que presenciaba con espanto la escena, gritó a Reggie:

—Si usted se acerca, le aplasto la cabeza.
Y, volviéndose a la muchacha, repitió:



—Si usted se acerca, le aplasto la cabeza...

—Vamos, sígueme.

—No quiero.

Carlos la enlazó con sus brazos.

—Sígueme o te llevaré a la fuerza.

Angela gritó, tratando de resistir. Y lo mismo que una noche en el mar, su grito llegó a los oídos de su padre.

—¿No es la voz de mi hija?—preguntó.

—No es posible—contestó Baratobie—. Será la de alguna que se está entrenando para entrar en la Ópera.

Ahora Angela ya no gritaba, pero su rostro rojo de ira afirmaba su voluntad de no seguir a Carlos.



...la sacó de allí y a la fuerza la hizo subir a su "auto" que esperaba fuera.

—¿Quieres que tus padres te vean así?

Ella se encogió de hombros.

—Me es igual... Lo que yo quiero es divertirme.

Graham ya no dudó más. Con toda su energía sujetó a la joven, tratando de salvarla a pesar de ella misma, y entre los gritos de los clientes del "Café de la Selva", que ahogaban las voces de la

muchacha, la sacó de allí y a la fuerza la hizo subir a su "auto", que esperaba fuera.

III

Ya de mañana, Angela comprendió todo lo que había de odioso en su conducta y lo mal que procediera con su amigo de la infancia.

Esta crisis favorable, al ponerle de manifiesto el horror de la vida que llevaba, le indujo a escribir a Graham la carta siguiente:

Querido Carlos: Estoy avergonzada por lo de anoche. Ven a decírmelo que lo has olvidado todo.

Angela.

Transcurrió el día, sin que Graham respondiera al llamamiento de su amiga.

Por la noche, cerca de las nueve, los Warriner se arreglaban para salir.

Margarita entró en el cuarto de su esposo y le dió prisa.

—Es tarde, Juan, y hoy la fiesta es en tu honor. Warriner sonrió con amargura.

—Decir que es en mi honor, no deja de ser una ironía.

—Qué le vamos a hacer... A mí tampoco me agradan esas fiestas—replicó su esposa—, pero es necesario que asistamos a ellas.

A poco de marcharse sus padres, Angela, con los nervios irritados por el silencio de Carlos, lo llamó por teléfono. Le contestó un criado diciéndole que no estaba en casa.

—¿Le entregó usted mi carta?—preguntó la muchacha.

El criado, que diera al olvido la carta, mintió:

—Sí, señorita.

Con los ojos llenos de lágrimas, Angela se abismó en un silencio hosco.

—Por qué no venía Graham a verla?

El timbre del teléfono volvió a sonar. Ahora quien llamaba era Reggie.

—Voy a buscarte, pequeña?

—No, hoy no quiero salir.

—Por qué? ¿Estás enferma?

—Estoy triste.

—Pues yo te curaré de tu tristeza... Ven.

Fijó los ojos en una nueva carta que acababa de escribir y que decía:

Querido Carlos: Te he estado esperando todo el día, te he escrito y no he podido saber nada de ti...

Y, colérica, estrujó el papel entre sus manos.

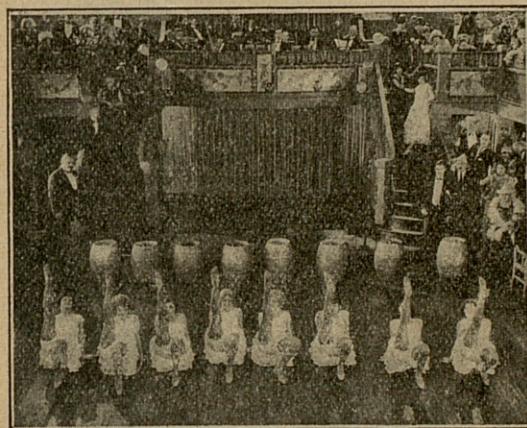
Luego, acercándose al teléfono, anunció a su amigo:

—Dentro de media hora me reuniré contigo.

E incomodada por el incomprensible silencio de Graham, volvió a caer en la tentación, y acompañada de Reggie dirigióse al "Café de la Selva", donde los compañeros de otras noches de escándalo los esperaban en un salón reservado.

Al mismo tiempo, en uno de los numerosos restaurantes del conde de Baratobie, se celebraba la fiesta en honor de Warriner.

Los orgullosos aristócratas habían dado de lado a su orgullo y a su dignidad para mantener su fastuoso tren de vida. No pensaban que su ejemplo



...en uno de los numerosos restaurantes del conde de Baratobie, se celebraba la fiesta en honor de Warriner.

podía contagiar a su hija. No se daban cuenta de nada. Los millones del contrabandista ponían una venda en sus ojos, impidiéndoles ver el abismo en que iban a precipitarse.

A media noche, mientras Angela con sus amigos jugaba a un juego peligroso—por cada jugada per-

dida, el jugador debía desprendérse de una parte de su vestido—, el conde de Baratobie recibió un aviso grave.

—Me acaban de comunicar—dijo a Warriner—, que la policía quiere hacer un registro en el “Café de la Selva”... ¿Podría usted impedirlo?



—Me acaban de comunicar que la policía quiere hacer un registro en el “Café de la Selva”...

Warriner se levantó y despidióse de su mujer, quedando con ella en que se encontraran en casa.

Un camino opuesto seguía entonces Carlos Graham.

El excelente muchacho, por una fatal casualidad había pasado el día fuera de su casa, a donde vol-

vió de noche para enterarse de la carta que le envió Angela.

—La señorita Warriner ha llamado tres veces— le dijo el criado.

La lectura de las palabras contritas de la joven alegraron el alma de Carlos, que se apresuró a ir al hotel en que vivía su amiga.

Pero cuando llegó ya era tarde.

—La señorita estuvo esperándole a usted todo el día—le anunció una doncella.

—¿Y dónde está ahora?

—Me parece que salió con el señor Van Abstine. No necesitaba saber más.

Creyéndose culpable de la nueva locura de Angela, dirigióse al “Café de la Selva”, seguro de encontrarla allí, asediada por el impertinente y vicioso Reggie.

Nosotros sabemos que sus temores no eran infundados.

En el salón amarillo, reservado a Reggie y a sus compañeros, Angela, temerosa a veces y otras satisfecha, accedía a ser actor en aquel juego de prendas de que ya hemos hablado, y en el que había perdido los zapatos y las medias, sin que el sobresalto que sentía de cuando en cuando la pusiera a la defensiva contra el atentado al pudor de que la estaban haciendo víctima.

De pronto sonó una voz:

—¡La policía!

Un tumulto indescriptible se adueñó del café. Los agentes acababan de cerrar todas las salidas del local, presentándose antes que Baratobie y su aristocrático socio.

La amenaza terrible enfrió el corazón de Angela, que huyó precipitadamente, seguida de Reggie

a un gabinete contiguo al reservado, cayendo desvanecida.

Poco a poco la policía fué invadiendo todas las dependencias del café.

Van Abstine, inquieto por las consecuencias de una detención, de la que, sin duda, no se libraría, trataba de reanimar a Angela.

La muchacha, al fin, abrió los ojos. Y presa de una crisis de nervios, lanzó un alarido de espanto.

Su grito sirvió de guía a los agentes.

—¡En nombre de la ley, abran ustedes!

Mordiéndose las manos, Angela trataba de ahogar sus gritos, de atenazar su angustia.

En aquel preciso momento llegó Warriner; y Van Abstine, temiendo que su silencio a la orden de la autoridad fuese interpretado como una negativa a obedecer, abrió la puerta y corrió la cortina del gabinete, pretendiendo ocultar a su amiga.

Un agente, adivinando que alguien se escondía allí, descorrió la cortina, y sobre el cuerpo de la muchacha cayó la mirada llena de terror de su padre.

El jefe de la patrulla comprendió lo delicado de la situación y se hizo a un lado.

Baratobie le tendió en aquel instante la mano, con el deseo de congraciarse con el policía.

—¿Cómo está usted? Me alegro de conocerle.

—¿Es usted el conde de Baratobie? —le preguntó el jefe, mirándolo de arriba abajo.

—Sí, señor.

—¿Y además es usted el propietario de este café?

—¡Oh, sí! Este es un lugar decente...

No le dejaron acabar.

—¡Queda usted detenido!

Y con un gesto duro, el policía ordenó a dos de

sus agentes que se apoderasen de aquel hombre.

Warriner salvóse de la ignominia de una detención semejante por haberlo reconocido un policía, que, compadecido de su dolor, viéndole abrazado a



—¡Llévame a casa, papá!... ¡Sácame de aquí!

su hija, hizo observar a su jefe:

—Se trata de un asunto de familia. Pero sé quiénes son y no se escaparán.

Recogida en los brazos de su padre, temblorosa y como loca, Angela sollozaba:

—¡Llévame a casa, papá!... ¡Sácame de aquí!
Warriner se volvió hacia Van Abstine.

—Yo quiero creer que está usted enamorado de mi hija... y que se casará usted con ella.

Reggie torció el gesto.

—La verdad... esa era mi intención antes de que usted se asociara con Baratobie... Mas después del escándalo de esta noche, no es posible que me case con ella.

Warriner sacudió al vicioso con rabia.

—¡Miserable!

Y sus manos hicieron dogal al cuello de Reggie, y lo arrojaron contra la pared como a una cosa sucia.

La inesperada presencia de Carlos, que llegó jadeando, calmó un poco la exaltación de Warriner. Graham no preguntó nada.

—Saquemos a Angela cuanto antes—fue lo único que dijo.

Una hora después llegaban a su casa, donde les esperaba una mayor amargura.

La señora Warriner se había despertado sintiendo una extraña opresión en los ojos.

Acababa de echarse fuera de la cama, cuando entró su marido, al que rogó, presintiendo una horrible desgracia:

—Hazme el favor, Juan. Enciende la luz. Yo no encuentro el interruptor.

Su esposo encendió. Ella pasóse las manos por los ojos y preguntó:

—¿Por qué no enciendes?

—Pero si ya he encendido!

Una revelación súbita iluminó el pensamiento de

Margarita, que se aproximó a tientas a un espejo y se miró en él.

—¡Dios mío!—gritó.

Sus ojos desorbitados parecían cubiertos por una niebla que no le permitía ver.

—El alcohol!... Esa ponzoña venenosa nos ha traído la desgracia.

Warriner corrió a sostenerla y la llevó a la cama.

Atraída por el grito de su madre, Angela entró en la alcoba y contempló la obra destructora de la aciaga intemperancia en que ella, y todos los tuyos, habían caído.

—Yo debía haber comprendido que era un crimen lo que estábamos haciendo—gimió la pobre mujer.

Y sus sollozos se unieron a los de su esposo y de su hija, que lloraban sobre las ruinas de sus vidas.

Súbitamente los tres se inmovilizaron, guardando silencio.

Llamaban. Dos agentes venían en busca de Warriner para conducirlo a la cárcel, acusado del delito de contrabando.

Pasó el invierno, y la primavera con sus días alegres y luminosos trajo nuevas esperanzas.

En una posesión de Graham, Margarita comenzaba a recobrar la vista. Sus ojos, todavía débiles, defendíanse de la luz con una visera que le ceñía la frente.

Sentada en una mecedora, la pobre mujer inclinaba a un lado y a otro, diciendo palabras llenas de ternura a su hija y a Carlos, que le hacían compañía.

El pensamiento de los tres volaba entonces hacia el ausente, que sufría, encerrado en prisión, el castigo de su delito.

Pero en aquel día todo luz, quiso el destino que sus pobres almas tan duramente combatidas, gozaran de una gran alegría.

El cartero les trajo noticias de Warriner, una carta que tembló en las manos de Margarita y en la que el preso había escrito las siguientes líneas consoladoras:

Dentro de dos meses, tú, querida mía, estarás curada y yo habré recobrado la libertad para correr a tu lado y rehacer nuestras vidas...

La carta cayó de las manos de la enferma, que cogió las de Carlos y su hija para enlazarlas en una promesa de desposorio.

—Ese día, hijos míos—dijo—, vosotros uniréis vuestra suerte, y vuestra felicidad será lo único que podrá hacerme olvidar las torturas pasadas... Amaos siempre y que vuestro cariño sea tan fuerte que no os aparte nunca del camino del bien.

Calló la señora Warriner, y allí, sobre el regazo maternal, Carlos y Angela juntaron sus labios en un beso de dicha eterna.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de

ALBERTO CAPOZZI

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Prohibida la reproducción

IMPORTANTE

En nuestro número anterior habíamos anunciado que el presente número publicaría la interesante novelita *EL PIRATA*; pero, por causas ajenas a nuestra voluntad, hemos debido cambiarla por *EL VINO*, quedando para la semana próxima *EL PIRATA*. De modo que el

PRÓXIMO NÚMERO será:

La grandiosa producción

EL PIRATA

Creación de los célebres artistas

MADGE BELLAMY, HOBART BOSWORTH,
TULLY MARSHALL, NILES WELSH, etc.

INTERESANTE ASUNTO — GRAN ÉXITO

Postal-obsequio: MABEL NORMAND

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRÁFICA
Sale todos los viernes en toda España. Precio: 30 cts.



AYER APARECIÓ

el núm. 10 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE
LA PANTALLA

La Novela Intima Cinematográfica

Contiene la biografía del simpático artista americano

HARRY CAREY (Cayena)

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 cts.



¡76 páginas!

¡40 céntimos!

Para su hermana, para su novia, para su amiga, un obsequio de buen gusto sería el que usted le hiciera suscribiéndola a

A YER Y HOY

Revista de hogar y de calle. Interviús, cuentos, diálogo teatral, novela de aventuras y cinematográfica, modas y deportes, informaciones y viajes: ¡Un «magazine» en un semanario!

**OFRECEMOS MUCHO Y
PEDIMOS MUY POCO.**

¡21 secciones! ¡6 de Octubre, 1925!

